

tido más destructivo. Así el progreso tiende casi inevitablemente hacia la aniquilación de lo humano. Ramón y Cajal no lo entendió de tal manera. Sino que él puso sus conocimientos al servicio exclusivo de un futuro esperanzador para la humanidad entera. ■ VICTOR CLAUDIN.

«DE LA SEMANA TRAGICA AL 20-N»

Rafael Abella es un escritor que se ha distinguido por la investigación a nivel sociológico de determinados periodos históricos de nuestro país. Así, publicó dos excelentes volúmenes sobre la vida cotidiana en las zonas republicana y franquista durante la última guerra civil española. Hoy nos presenta un nuevo texto cuyo título nos señala el periodo narrado: desde la llamada Semana Trágica barcelonesa de 1909 hasta la muerte del dictador general Francisco Franco en 1975.

Abella no se sitúa, supongo que adrede, en el terreno del historiador. Ya se sabe que esos sesenta y seis años que abarca su libro han sido estudiados e investigados por un gran número de profesionales. El trabajo histórico requiere una apoyatura erudita que demuestre la tesis que se sustenta. Las notas a pie de página, el análisis de la coyuntura económica, el estudio de los censos de población, la demografía, los movimientos sociales, la acción política del Estado, etc., forman parte de una metodología necesaria para llegar a profundizar en los temas elegidos.

Rafael Abella se sitúa en el terreno del periodista. No analiza nada. Simplemente se dedica a poner de manifiesto los hechos y sus consecuencias. Nada hay tan clarificador como los hechos, la información pura y simple de lo ocurrido, debidamente constatado en anteriores trabajos de investigación histórica.

«De la Semana Trágica al 20-N» (Editorial Plaza-Janés, Barcelona, 1979, 248 pp.) es esto: un trabajo de divulgación histórica realizado con metodología periodística. El resultado no desdice, en modo alguno, el objetivo propuesto por el autor. El propio Abella nos advierte en la in-

troducción que se trata de un «esbozo histórico».

El autor ha conseguido con el presente texto que la historia de nuestro país pueda llegar a aquellos sectores a los que no alcanzaban los trabajos eruditos de los profesionales de la Historia.

El libro consta de dos partes bien diferenciadas: por un lado, el periodo que va desde 1909 hasta 1939, en el que «suceden periodos resonantes que eran como eslabones encadenados de un proceso histórico»: la Semana Trágica, la huelga revolucionaria de 1917, el desastre de Annual, la Dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la II República y la guerra civil de 1936-39; y por otro lado, la Era de Franco: de 1939 hasta el 20 de noviembre de 1975, fecha de la muerte física del dictador.

El autor nos señala que «si se ha detenido en la rememoración pormenorizada de los hechos que jalanan el devenir histórico entre 1909 y 1939, ha tenido que adoptar distinta metodología para narrar lo sucedido entre 1939 y 1975, enfocándolo como una Era, como un larguísimo ciclo, en el que sobresale, como episodio único y sin precedentes, el mantenimiento de Franco como solitario protagonista; y como tema dominante, el secreto de este mantenimiento». Lo que viene a confirmar lo citado anteriormente.

Dos temas expuestos en el presente libro merecen su comentario: el tratamiento que da a las figuras de Francisco Ferrer y Francisco Franco.

El autor, bebiendo en fuentes recientes, nos presenta un Ferrer distinto a la imagen que quisieron estereotipar los detentadores del Poder en aquella época. El fundador de la Escuela Moderna intentó impartir entre los niños asistentes a su centro los ideales del anarquismo, con teorías basadas en un racionalismo excluyente de todo dogma revelado. Se orientaba, como el propio Ferrer llegó a declarar, a hacer reflexionar a los niños sobre las injusticias sociales, las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, sobre la falsedad de la justicia, de la política y del militarismo. No es extraño, pues, que con tales teorías la oligarquía señalase a Ferrer como el cerebro rector de la Semana Trágica y ofrecer con ello a la opinión pública alguien a quien endosar la responsabilidad de los desafueros cometidos.



Rafael Abella concluye: «Transcurrido más de medio siglo del famoso proceso (a Ferrer), pocos son hoy los que, habiendo estudiado el proceso y analizado los hechos de la Semana Trágica, sostienen la tesis de la culpabilidad material de Ferrer. Queda el vidrioso aspecto de la culpabilidad moral, pero el trasfondo de la condena descubre que a Ferrer se le sentenció más por ser el propagandista de unas ideas ácratas que por acaudillar una insurrección. La ejecución de Ferrer y Guardia fue, hoy ya casi nadie lo duda, lo que suele llamarse un asesinato legal. Para Abella los resultados de la Semana Trágica fueron: «una revuelta necia y absurda, que discurrió sin líderes y a la que se le hizo el don de un mártir».

Y en cuanto a la figura y al régimen de Franco, el autor es concreto, lapidario y directo: fue un periodo de nuestra historia triste e involutivo. El gran parón que significó su «reinado» sumió al país en un desierto cultural en el que toda gestión tendía al asentamiento del gran capital, a castigar a los perdedores de la guerra y a premiar a todo un regimiento de corifeos y adictos. Abella nos dice que «esta dilatada etapa se nos presenta como un gran frenazo histórico, en el que su protagonista, teniendo como imperativo categórico la permanencia, careció de la imaginación necesaria para resolver unos problemas que a su muerte y con la extinción de su Régimen, han surgido con todo su vigor». ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.